

FRANCO MORETTI

EL BURGUÉS

Entre la historia y la literatura



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2013
Primera edición en español, 2014

Moretti, Franco

El burgués : entre la historia y la literatura. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014.

241 p. : il. ; 21x14 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

Traducido por: Lilia Mosconi
ISBN 978-987-719-060-1

I. Estudios Literarios. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título
CDD 801.95

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: Paul Gavarni, en *Le diable à Paris* (1846).

Título original: *The Bourgeois. Between History and Literature*

ISBN de la edición original: 978-1-78168-085-8

© 2013, Verso

© Franco Moretti

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-060-1

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Nota sobre las fuentes</i>	11
<i>Nota sobre la traducción</i>	12
<i>Introducción. Conceptos y contradicciones</i>	
1. “Soy un miembro de la clase burguesa”	13
2. Disonancias.....	16
3. Burguesía, clase media	20
4. Entre la historia y la literatura	26
5. Un héroe abstracto.....	28
6. Prosa y palabras clave: comentarios preliminares...	31
7. “El burgués está perdido...”	34
I. <i>Un amo trabajador</i>	
1. Aventura, empresa, Fortuna	39
2. “Esto demostrará que no estaba nunca ocioso”	43
3. Palabras clave I: “útil”	50
4. Palabras clave II: “eficiencia”	54
5. Palabras clave III: “confort”	60
6. La prosa I: “El ritmo de la continuidad”	69
7. La prosa II: “Hemos inventado la productividad del espíritu”	77
II. <i>Un siglo serio</i>	
1. Palabras clave IV: “serio”	87
2. Rellenos	95
3. Racionalización	100

4. La prosa iii: el principio de realidad.....	104
5. Descripción, conservadurismo, <i>Realpolitik</i>	111
6. La prosa iv: “Una transposición de lo objetivo a lo subjetivo”.....	116
iii. <i>Niebla</i>	
1. Desnuda, descarada y directa	125
2. “Detrás del velo”	132
3. El gótico, <i>un djä-lä</i>	137
4. El caballero	141
5. Palabras clave v: “influencia”	147
6. La prosa v: adjetivos victorianos.....	152
7. Palabras clave vi: “ <i>earnest</i> ”.....	160
8. “¿Quién no ama a la Ciencia?”.....	164
9. La prosa vi: niebla	171
iv. “ <i>Malformaciones nacionales</i> ”: <i>metamorfosis en la semiperiferia</i>	
1. Balzac, Machado de Assis y el dinero	177
2. Palabras clave vii: la “ <i>roba</i> ”	182
3. Persistencia del Antiguo Régimen i: <i>La muñeca</i>	189
4. Persistencia del Antiguo Régimen ii: <i>Torquemada</i> ..	193
5. “Es una cuestión puramente aritmética”	198
v. <i>Ibsen y el espíritu del capitalismo</i>	
1. La zona gris.....	205
2. “Signos contra signos”	211
3. Prosa burguesa, poesía capitalista.....	216
<i>Lista de figuras</i>	227
<i>Índice de nombres y conceptos</i>	229

A Perry Anderson
y Paolo Flores d'Arcais

Nota sobre las fuentes

VAYAN unas pocas palabras sobre las fuentes que se usan con frecuencia en este libro. El corpus de Google Books es una colección de varios millones de libros que permite realizar búsquedas muy sencillas. La base de datos Chadwyck-Healey sobre obras de ficción del siglo XIX reúne 250 novelas británicas e irlandesas, que atravesaron un proceso de selección extremadamente minucioso, publicadas entre 1782 y 1903. El corpus del Literary Lab incluye aproximadamente 3.500 novelas decimonónicas británicas, irlandesas y estadounidenses.

También me refiero a diccionarios, indicándolos entre paréntesis, sin mayores especificaciones. La sigla *OED* corresponde al *Oxford English Dictionary*; *Robert* y *Littre* son franceses; *Grimm* es alemán y *Battaglia*, italiano.

Nota sobre la traducción

EN ESTE libro se citan y analizan innumerables fragmentos de obras, en su mayoría literarias. Muchas fueron escritas originalmente en inglés, pero también en español, portugués, francés, alemán, e incluso húngaro y noruego. Si bien hay traducciones al español de casi todas ellas, en muchos casos no pude utilizarlas debido a que el análisis de Moretti se basa en características muy específicas del léxico, la sintaxis, la gramática y la puntuación del texto original. De ahí que, especialmente en los casos de las obras en inglés y alemán, me haya visto obligada a hacer una traducción propia —mucho más literal que la existente— de los fragmentos citados.

Esto no significa que las traducciones existentes fueran erróneas, sino que, como es lógico, fueron hechas para una lectura literaria o temática. En consecuencia, sus traductores optaron por diversas formas gramaticales o enunciativas cuando consideraron que la reproducción literal podía resultar inconveniente para el propósito de su texto.

Solo en los casos en que recurro a una traducción ya publicada, indico entre corchetes el número de página de la edición mencionada en las notas.

Lilia Mosconi

Introducción.

Conceptos y contradicciones

1. “Soy un miembro de la clase burguesa”

El burgués... No hace mucho tiempo, todo indicaba que esta noción era indispensable para el análisis social; hoy pueden pasar años sin que nadie la mencione. Aunque el capitalismo está más poderoso que nunca, su encarnación humana parece haberse desvanecido. “Soy un miembro de la clase burguesa; me siento parte de ella y me he educado según sus opiniones e ideales”, escribió Max Weber en 1895.¹ ¿Quién podría repetir hoy esas palabras? “Opiniones e ideales” burgueses... ¿Qué son?

Y el cambio de clima se refleja en el trabajo académico. Simmel y Weber, Sombart y Schumpeter: para todos ellos, el capitalismo y la burguesía —la economía y la antropología— eran dos caras de la misma moneda. “No conozco ninguna interpretación histórica seria de este mundo moderno nuestro —escribió Immanuel Wallerstein hace un cuarto de siglo— en la que el concepto de la burguesía [...] esté ausente. Y por una buena razón. Es difícil contar un cuento sin incluir a su protagonista principal.”²

¹ Max Weber, “Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik”, en *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, 1971, p. 20 [trad. esp.: “El Estado nacional y la política económica alemana (lección inaugural)”, en *Escritos políticos*, ed. de José Aricó, Mexico, Folio, 1982].

² Immanuel Wallerstein, “The Bourgeois(ie) as Concept and Reality”, en *New Left Review*, vol. 1, núm. 167, enero-febrero de 1988, p. 98 [trad. esp.:

Y sin embargo, hoy hasta los historiadores que ponen más de relieve el papel de las “opiniones e ideales” en el despegue del capitalismo —Meiksins Wood, De Vries, Appleby, Mokyr— demuestran poco o ningún interés en la figura del burgués. “En Inglaterra surgió el capitalismo —escribe Meiksins Wood en *The Pristine Culture of Capitalism*—, pero no de la burguesía. En Francia surgió una burguesía (más o menos) triunfante, pero su proyecto revolucionario tuvo poco que ver con el capitalismo.” O bien, por último, “no hay una identificación necesaria del *burgués* [...] con el *capitalista*”.³

Es cierto que no hay una identificación necesaria, pero difícilmente sea este el quid de la cuestión. “El origen de la burguesía occidental con sus propias características”, escribió Weber en *La ética protestante*, es un proceso “que sin duda guarda estrecha conexión con el origen de la organización capitalista del trabajo, aun cuando, naturalmente, *no es idéntica*”.⁴ Guarda estrecha conexión, pero no es idéntica; he ahí la idea que subyace a este libro: observar al burgués —durante la mayor parte de su historia, el burgués ha sido sin duda un “él”— y a su cultura como partes de una estructura de poder con la que ni el uno ni la otra coinciden exactamente. Pero hablar de “el” burgués, en singular, es en sí mismo cuestionable. “La gran burguesía no podía separarse formalmente de las clases inferiores —escribe Eric Hobsbawm en *La era del imperio*—, porque su estructura debía mantenerse

“El burgués / la burguesía como concepto y realidad”, en *Raza, nación y clase*, Madrid, IEPALA, 1991].

³ Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism. A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Londres, 1992, p. 3; el segundo pasaje es de *The Origin of Capitalism. A Longer View* [1999], Londres, 2002, p. 63.

⁴ Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* [1905], Nueva York, 1958, p. 24 (el énfasis me pertenece) [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. de Luis Legaz Lacambra, intr. y ed. crítica de Francisco Gil Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 63].

abierta a nuevos contingentes: esa era su naturaleza.”⁵ Tal permeabilidad, agrega Perry Anderson, separa a la burguesía

de la nobleza antes y de la clase obrera después. Aun cuando se registren diferencias significativas en el interior de cada una de estas clases contrastantes, su homogeneidad es mayor desde el punto de vista estructural: la aristocracia se definía típicamente por un estatuto legal que combinaba títulos civiles y privilegios jurídicos, en tanto que la clase obrera se demarca a gran escala por la condición del trabajo manual. La burguesía carece de una unidad interna comparable como grupo social.⁶

Fronteras porosas y débil cohesión interna: ¿acaso estos rasgos invalidan la propia idea de la burguesía como clase? Para su historiador vivo más destacado, Jürgen Kocka, ello no es necesariamente así en la medida en que establezcamos una distinción entre lo que podríamos considerar el núcleo del concepto y su periferia externa. Esta última ha sido extremadamente variable, en efecto, tanto en términos históricos como sociales; hasta fines del siglo XVIII, consistía principalmente en “los pequeños empresarios autónomos (artesanos, comerciantes minoristas, posaderos y pequeños propietarios)” de los primeros centros urbanos europeos; cien años después era una población completamente distinta, compuesta de “funcionarios y empleados administrativos de los rangos medios y bajos”.⁷ Pero en el ínterin, a lo largo del siglo XIX, había emergido en toda Europa Occidental la figura sincrética de la “burguesía propietaria e instruida”, que confirió

⁵ Eric Hobsbawm, *The Age of Empire 1875-1914* [1987], Nueva York, 1989, p. 177 [trad. esp.: *La era del imperio (1875-1914)*, trad. de Juan Faci Lacasta, Buenos Aires, Crítica, 2003, p. 187].

⁶ Perry Anderson, “The Notion of Bourgeois Revolution” [1976], en *English Questions*, Londres, 1992, p. 122.

⁷ Jürgen Kocka, “Middle Class and Authoritarian State. Toward a History of the German *Bürgertum* in the Nineteenth Century”, en *Industrial Culture and Bourgeois Society. Business, Labor, and Bureaucracy in Modern Germany*, Nueva York y Oxford, 1999, p. 193.

un centro gravitatorio a la clase como totalidad y consolidó sus características de posible nueva clase dirigente: y esta convergencia encontró su expresión en el par de conceptos alemanes *Besitz-* y *Bildungsbürgertum* —burguesía de la propiedad y burguesía de la cultura—, o bien, desde una perspectiva más prosaica, en un sistema impositivo británico que colocaba imparcialmente “en el mismo capítulo” las ganancias (del capital) y los honorarios (de los servicios profesionales).⁸

El encuentro de la propiedad y la cultura: el tipo ideal de Kocka será también el mío, aunque con una diferencia significativa. Como historiador literario, me enfocaré menos en los vínculos reales entre grupos sociales específicos —banqueros y altos funcionarios públicos, industriales y médicos, y así sucesivamente— que en la “adecuación” entre las formas culturales y las nuevas realidades de clase: de qué modo una palabra como “confort” delinea los contornos del consumo burgués legítimo, por ejemplo; o cómo se adecúa el tempo del relato a la nueva regularidad de la existencia. Los burgueses, refractados por el prisma de la literatura: he ahí el tema de *El burgués*.

2. *Disonancias*

La cultura burguesa. ¿*Una sola* cultura? La palabra “multicolor” —*bunt*— [...] puede servir para describir la clase que tengo en el microscopio”, escribe Peter Gay al cierre de sus cinco volúmenes sobre *La experiencia burguesa*.⁹ “El interés económico propio, las prioridades religiosas, las convicciones intelectuales, la competencia social, el lugar apropiado para la mujer: todas estas cuestiones adquirieron relevancia política en una batalla de bur-

⁸ Eric Hobsbawm, *The Age of Empire*, *op. cit.*, p. 172 [180 y 182].

⁹ Peter Gay, *The Bourgeois Experience. Victoria to Freud*, t. v: *Pleasure Wars* [1998], Nueva York, 1999, pp. 237 y 238 [trad. esp.: *La experiencia burguesa*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1992].

gueses contra burgueses”, agrega Gay en una mirada retrospectiva posterior; las divisiones son tan profundas “que uno se siente inclinado a dudar de que la burguesía sea en absoluto una entidad definible”.¹⁰ Para Gay, todas esas “conspicuas variaciones”¹¹ son el resultado de la aceleración decimonónica del cambio social, y por lo tanto caracterizan a la fase victoriana de la historia burguesa.¹² Pero también es posible contemplar las antinomias de la cultura burguesa desde una perspectiva mucho más extensa. En un ensayo sobre la capilla Sassetti de la Santa Trinidad, que se inspira en el retrato de Lorenzo trazado por Maquiavelo en la *Istorie Fiorentine* —“si se comparara su traza ligera con su traza solemne [*la vita leggera e la grave*], sería posible identificar en él dos personalidades distintas, aparentemente imposibles de reconciliar [*quasi con impossibile congiunzione congiunte*]”—, Aby Warburg observó que

el ciudadano de la Florencia de los Medici unía los personajes totalmente disímiles del idealista —ya fuera el cristiano medieval, el caballero romántico o el neoplatónico clásico— y el mercader etrusco mundano, pagano, práctico. Elemental pero armoniosa en su vitalidad, esta enigmática criatura aceptaba gozosa cualquier impulso psíquico como una extensión de su registro mental, a desarrollar y explotar cuando le viniera en gana.¹³

¹⁰ Peter Gay, *Schnitzler's Century. The Making of Middle-Class Culture 1815-1914*, Nueva York, 2002, p. 5 [trad. esp.: *Schnitzler y su tiempo. Retrato cultural de la Viena del siglo XIX*, Barcelona, Paidós, 2002].

¹¹ Peter Gay, *The Bourgeois Experience. Victoria to Freud*, t. 1: *Education of the Senses*, Oxford, 1984, p. 26.

¹² *Ibid.*, pp. 45 y ss.

¹³ Aby Warburg, “The Art of Portraiture and the Florentine Bourgeoisie” [1902], en *The Renewal of Pagan Antiquity*, Los Ángeles, 1999, pp. 190, 191 y 218 [trad. esp.: *El renacimiento del paganismo*, Madrid, Alianza, 2005]. En las páginas de Warburg emerge una conjunción similar de elementos opuestos en relación con el retrato del donante en “Flemish Art and the Florentine Early Renaissance” [1902]: “Las manos mantienen el gesto humilde de quien suplica protección divina, pero la mirada se pierde, ya sea ensimismada o vigilante, en la distancia terrenal” (p. 297).

Una criatura enigmática, idealista y mundana. Al escribir sobre otra edad dorada de la burguesía, a medio camino entre los Medici y los victorianos, Simon Schama reflexiona sobre la “peculiar coexistencia” que permitió

a gobernantes laicos y clericales vivir de acuerdo con un sistema de valores que en otras circunstancias habría resultado intolerablemente contradictorio, un combate perenne entre la codicia y el ascetismo. [...] Los hábitos incorregibles de la autocomplacencia material y el aguijón de la aventura riesgosa, ya enraizados en la economía comercial holandesa, suscitaban todos aquellos careos admonitorios y juicios solemnes en los guardianes designados de la vieja ortodoxia. [...] La peculiar coexistencia de sistemas de valores aparentemente opuestos [...] les daba margen de maniobra entre lo sagrado y lo profano, según dictara la necesidad o la conciencia, sin necesidad de arriesgar una elección brutal entre la pobreza y la perdición.¹⁴

La autocomplacencia material y la vieja ortodoxia: “El alcalde de Delft” retratado por Jan Steen, que nos mira desde la cubierta del libro de Schama (véase la figura 1): un hombre robusto, sentado, de negro, con las galas filigranadas de su hija a un lado y las descoloridas ropas de una mendiga al otro. Al pasar de Florencia a Ámsterdam, la franca vitalidad que irradiaban aquellos semblantes de la Santa Trinidad se ha atenuado un poco; el alcalde está enclavado en su silla con actitud ensombrecida, como si lo desanimara el “tironeo moral” (Schama una vez más) de su dilema: espacialmente próximo a su hija, pero sin mirarla; vuelto hacia el lado donde está la mujer, aunque en realidad sin dirigirse a ella; la mirada hacia abajo, desenfocada. ¿Qué corresponde hacer?

La “conjunción imposible” de Maquiavelo, la “enigmática criatura” de Warburg, el “combate perenne” de Schama: en comparación con estas tempranas contradicciones de la cultura bur-

¹⁴ Simon Schama, *The Embarrassment of Riches*, California, 1988, pp. 338 y 371.

guesa, la era victoriana aparece como lo que realmente fue: un tiempo de *solución de compromiso*, mucho más que de contraste. La solución de compromiso no es uniformidad, claro está, y aún es lícito ver a los victorianos en cierto modo como “multicolores”; pero los colores son reliquias del pasado y están perdiendo su fulgor. No es *bunt*, sino gris el estandarte que flamea sobre el siglo burgués.



Figura 1

3. Burguesía, clase media

“Me resulta difícil entender por qué al burgués le disgusta que lo llamen por su nombre”, escribe Groethuysen en su magnífico estudio, *Origines de l'esprit bourgeois en France*: “A los reyes se los ha llamado reyes; a los caballeros, caballeros;* sin embargo, el burgués prefiere mantenerse de incógnito”.¹⁵ *Garder l'incognito*; y uno piensa, inevitablemente, en aquella etiqueta elusiva y ubicua: “clase media”. Todo concepto “establece un horizonte particular para la experiencia potencial y la teoría concebible”, escribe Reinhart Koselleck,¹⁶ y en su elección de “clase media” antes que “burguesía”, la lengua inglesa ha creado indudablemente un horizonte muy distintivo para la percepción social. Pero cabe preguntarse por qué. Es cierto que el burgués cobró existencia en algún punto “del medio” —“no era campesino ni siervo, pero tampoco era un noble”, como lo expresa Wallerstein—,¹⁷ pero esa medianidad era precisamente lo que deseaba

* Se refiere a los caballeros medievales (*knights*). A lo largo del libro, Moretti menciona tanto la figura del *knight* (caballero medieval) como la del *gentleman* (caballero en el sentido de hombre refinado o distinguido), ambas traducidas como “caballero” en español. En cada caso se harán las aclaraciones necesarias. [N. de la T.]

¹⁵ Bernard Groethuysen, *Origines de l'esprit bourgeois en France*, t. 1: *L'Eglise et la Bourgeoisie*, París, 1927, p. vii [trad. esp.: *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* (1943), México, Fondo de Cultura Económica, 1985].

¹⁶ Reinhart Koselleck, “*Begriffsgeschichte and Social History*”, en *Futures Past. On the Semantics of Historical Time* [1979], Nueva York, 2004, p. 86 [trad. esp.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993].

¹⁷ Immanuel Wallerstein, “The Burgeois(ie) as Concept and Reality”, *op. cit.*, pp. 91 y 92. Tras la doble negación de Wallerstein se oculta un pasado más remoto, iluminado por Émile Benveniste en el capítulo “Un oficio sin nombre: el comercio”, del *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Según la tesis de Benveniste, en pocas palabras, el comercio —una de las formas más tempranas de la actividad “burguesa”— era “un oficio que, al menos en sus comienzos, no se correspondía con ninguna de las actividades venerables, tradicionales”, y que, en consecuencia, solo podía definirse mediante términos negativos como

superar: nacido en el “estamento medio” de la temprana Inglaterra moderna, Robinson Crusoe rechaza la idea de su padre según la cual ese es “el mejor estamento del mundo” y dedica su vida entera a trascenderlo. ¿Por qué, entonces, optar por una designación que retrotrae esta clase a sus indiferentes comienzos en lugar de reconocer sus éxitos? ¿Qué se jugaba en la elección de “clase media” [*middle class*] en lugar de “burgués” [*bourgeois*]?

La palabra *bourgeois* apareció por primera vez en el francés del siglo xi, bajo la forma de *burgeis*, para referirse a los habitantes de las ciudades medievales (*bourgs*), que gozaban del derecho legal a ser “libres y exentas de jurisdicción feudal” (*Robert*). Al sentido jurídico del término —del cual surgió la idea típicamente burguesa de la libertad como “libre o exento de”— se le sumó más tarde, hacia fines del siglo xvii, un sentido económico que, con la ya usual cadena de negaciones, se refería a “alguien que no pertenecía al clero ni a la nobleza, no trabajaba con sus manos y poseía medios independientes” (*Robert* una vez más). Desde aquel momento, aunque la cronología y la semántica varían de un país a otro,¹⁸ la palabra emerge en todas las lenguas de Europa Occidental, desde el término italiano *borghese* hasta el español *burgués*, el portugués *burguês*, el alemán *Bürger* y el holandés *burger*. En este grupo, el término inglés *bourgeois* sobresale como el único caso que ha permanecido como inconfundible importación del francés en lugar de ser asimilado por la morfología de

el griego *askholia* y el latino *negotium* (*nec-otium*, “la negación del ocio”), o genéricos como el griego *pragma*, el francés *affaires* (“nada más que una sustantivación de la expresión *à faire*”) o el adjetivo inglés *busy* (que “produjo el sustantivo abstracto *business*”). Véase Émile Benveniste, *Indo-European Language and Society* [1969], Miami, 1973, p. 118 [trad. esp.: *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, Taurus, 1983].

¹⁸ La trayectoria del *Bürger* alemán —desde (*Stadt*-)*Bürger* (habitante de la ciudad) alrededor de 1700, pasando por (*Staats*-)*Bürger* (ciudadano) alrededor de 1800 hasta *Bürger* (burgués) en el sentido de no proletario alrededor de 1900— es particularmente notable: véase Reinhart Koselleck, “*Begriffsgeschichte and Social History*”, *op. cit.*, p. 82.

la lengua nacional. Y en efecto, la primera definición del *Oxford English Dictionary* (*OED*) para el término *bourgeois* en calidad de sustantivo es “hombre libre o ciudadano (francés)”; y “de o perteneciente a la clase media francesa” es la definición del adjetivo, prestamente apuntalada por una serie de citas referidas a Francia, Italia y Alemania. El sustantivo femenino *bourgeoise* es “una mujer francesa de la clase media”, en tanto que el término *bourgeoisie* [burguesía] —en cuyas primeras tres acepciones se menciona a Francia, Europa continental y Alemania— se define, en coherencia con el resto, como “el grupo de hombres libres de una ciudad francesa; la clase media francesa; también extendido a la de otros países”.

Bourgeois, palabra marcada como no inglesa. En *El caballero John Halifax* (1856), el exitoso libro de Dinah Craik que cuenta la biografía ficcional de un industrial textil, la palabra aparece solo tres veces, siempre en cursivas que indican su carácter extranjero, y solo se usa para deslucir el concepto (“Me refiero a los órdenes inferiores, la *bourgeoisie*”) o expresar desprecio (“¿Qué? ¿Un *bourgeois*? ¿Un comerciante?”). En lo que concierne a los otros novelistas de la época de Craik, silencio absoluto; en la base de datos Chadwyck-Healey —cuyas 250 novelas constituyen una versión en cierto modo expandida del canon decimonónico—, el término *bourgeois* aparece exactamente una vez entre 1850 y 1860, mientras que *rich* [rico] aparece 4.600 veces; *wealthy* [acaudalado], 613 veces, y *prosperous* [próspero], 449. Y si ampliamos la investigación hasta abarcar el siglo entero —abordándola desde el ángulo levemente distinto de la amplitud de aplicación en lugar de la frecuencia—, las 3.500 novelas del Stanford Literary Lab ofrecen los siguientes resultados: el adjetivo *rich* se aplica a 1.060 sustantivos diferentes; *wealthy*, a 215; *prosperous*, a 156; y *bourgeois*, a ocho: familia, doctor, virtudes, aire, virtud, afectación, teatro [*playhouse*] y, extrañamente, blasón [*escutcheon*].

¿A qué se debe esta renuencia? En general, escribe Kocka, los grupos burgueses

se situan a sí mismos aparte de las antiguas autoridades, la nobleza hereditaria con sus privilegios y la monarquía absoluta. [...] De esta línea de pensamiento deriva lo inverso: en la medida en que estos frentes se desdibujan o desaparecen, la referencia a una *Bürgertum* que sea a la vez abarcadora y delimitada pierde sustancia en la realidad. Ello explica las diferencias internacionales: allí donde la tradición de la nobleza era débil o estaba ausente (como en Suiza o Estados Unidos), allí donde la temprana desfeudalización y comercialización de la agricultura de un país fue esfumando gradualmente la distinción entre nobles y burgueses, e incluso las diferencias entre lo urbano y lo rural (como en Inglaterra y Suecia), encontramos factores potentes que contrarrestan la formación distintiva de una *Bürgertum* y de un discurso sobre la *Bürgertum*.¹⁹

Ausencia de un “frente” claro para el discurso sobre la *Bürgertum*: he ahí el origen de la indiferencia que la lengua inglesa siempre exhibió en relación con la palabra *bourgeois*. A la inversa, fue creciendo el apremio tras la expresión “clase media”, por la simple razón de que muchos observadores de la temprana Gran Bretaña industrial *echaban en falta* una clase intermedia. En los distritos manufactureros reinaba una “peculiar infelicidad por la enorme deficiencia del estrato medio —escribió James Mill en *An Essay on Government* (1824)—, ya que allí la población consiste casi por entero en fabricantes ricos y trabajadores pobres”.²⁰ Ricos y pobres: “No hay ciudad en el mundo —observó el canónigo Parkinson en su célebre descripción de Mánchester, de la que se hicieron eco muchos de sus contemporáneos— donde la distancia entre los ricos y los pobres sea tan grande, o la barrera entre ellos, tan difícil de cruzar”.²¹ A medida que el

¹⁹ Jürgen Kocka, “Middle Class and Authoritarian State...”, *op. cit.*, pp. 194 y 195.

²⁰ James Mill, *An Essay on Government* [1824], ed. de Ernest Baker, Cambridge, 1937, p. 73.

²¹ Richard Parkinson, *On the Present Condition of the Labouring Poor in Manchester; with Hints for Improving It*, Londres y Mánchester, 1841, p. 12.

crecimiento industrial iba polarizando a la sociedad inglesa —“Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, [...] en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado”, como lo enunció con crudeza el *Manifiesto Comunista*—,* la necesidad de mediación se agudizó hasta el punto de que solo una clase situada en el medio parecía capaz de “compadecerse” con las “aflicciones de los trabajadores pobres” (Mill otra vez), a la vez sirviéndoles de “guía con su consejo” y brindando “un buen ejemplo a admirar”.²² Las clases medias eran “el eslabón que conecta a los órdenes altos y bajos”, agregó lord Brougham, quien también las describió —en un discurso sobre el Proyecto de Ley de Reforma, titulado “Intelligence of the Middle Classes” [Inteligencia de las clases medias]— como “las genuinas depositarias del sentimiento sobrio, racional, inteligente y honesto de los ingleses”.²³

Si la economía creó la necesidad histórica general de que existiera una clase intermedia, la política agregó el giro táctico decisivo. El corpus de Google Books indica que las expresiones *middle class* [clase media], *middle classes* [clases medias] y *bourgeois* [burgués, burguesa, burgueses, burguesas] parecen haber mantenido una frecuencia más o menos igual durante el período comprendido entre 1800 y 1825; sin embargo, en los años inmediatamente anteriores al Proyecto de Ley de Reforma de 1832 —cuando la relación entre la estructura social y la representación política se desplaza hacia el centro de la vida pública—, *middle class* y *middle classes* se vuelven de manera repentina dos o tres veces más frecuentes que *bourgeois*: posiblemente, porque la denominación “clase media” era una manera de desestimar a la burguesía como

* En la versión del *Manifiesto Comunista* en inglés citada por Moretti, “Bourgeoisie und Proletariat” se tradujo como “property owners and propertyless workers”, es decir, “propietarios de bienes y trabajadores sin bienes”. [N. de la T.]

²² James Mill, *An Essay on Government*, *op. cit.*, p. 73.

²³ Henry Brougham, *Opinions of Lord Brougham on Politics, Theology, Law, Science, Education, Literature. As Exhibited in His Parliamentary and Legal Speeches, and Miscellaneous Writings*, Londres, 1837, pp. 314 y 315.

grupo independiente para mirarla en cambio *desde arriba* y confiarle una tarea de contención política.²⁴ Después, una vez consumado el bautismo y solidificado el nuevo término, se suscitaron toda suerte de consecuencias (e inversiones del rumbo): aunque “clase media” y “burgués” indicaban exactamente la misma realidad social, por ejemplo, cada una de las denominaciones creó asociaciones muy diferentes en torno a esta: una vez situada “en el medio”, la burguesía podía aparecer como un grupo parcialmente subalterno, por lo que en verdad no cabía responsabilizarla por los modos del mundo. Y después, “baja”, “media” y “alta” formaron un continuo en el que la movilidad era mucho más fácil de imaginar que entre categorías —“clases”— inconmensurables, como campesinado, proletariado, burguesía o nobleza. A largo plazo, entonces, el horizonte simbólico creado por la “clase media” funcionó extremadamente bien para la burguesía inglesa (y estadounidense): la derrota inicial de 1832, que había imposibilitado una “representación burguesa independiente”,²⁵ la protegió más tarde de la crítica directa en tanto promovió una versión eufemística de la jerarquía social. Groethuysen tenía razón: el *incógnito* funcionó.

²⁴ “La acción fundamental en la coyuntura de 1830-1832 —así lo creían los ministros *whigs*— era quebrar la alianza radical abriendo una brecha entre la clase media y la clase trabajadora”, escribe F. M. L. Thompson (*The Rise of Respectable Society. A Social History of Victorian Britain 1830-1900*, Harvard, 1988, p. 16). Esta brecha situada por debajo de la clase media encerraba la promesa de forjar una alianza por encima: “Es de absoluta importancia asociar los órdenes medios de la sociedad con los más altos”, declaró lord Grey; por otra parte, Dror Wahrman —quien ha reconstruido con excepcional lucidez el prolongado debate sobre la clase media— señala que el célebre encomio de Brougham también ponía de relieve “la responsabilidad política [...] antes que la intransigencia; la lealtad a la corona antes que los derechos del pueblo; la valía como baluarte contra la revolución antes que contra las usurpaciones de la libertad” (*Imagining the Middle Class. The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge, 1995, pp. 308 y 309).

²⁵ Perry Anderson, “The Figures of Descent” [1987], en *English Questions*, Londres, 1992, p. 145.